

LA OBRA EJEMPLAR DE UN HISPANISTA ALEMÁN

Por ANGEL DOTOR

VERDAD concluyente; pero que no ha tenido, al menos en el grado debido, manifestación expresa, es la de que, si bien data ya de más de un siglo la dedicación de escritores extranjeros a tratar temas de nuestro país, fué asaz corriente que abordasen el estudio y exposición de los mismos de una manera superficial, hecho patente en el que tuvo origen el concepto de la *españolada*, para nosotros, como es sabido, más peyorativo que exaltador, al haber venido imperando principalmente en las grandes masas de allende fronteras, ayunas del debido conocimiento trascendente de cuanto España fué y significó—así como de lo que, por ende, está llamada a representar—en el concierto ordenador de perdurables espíritu y cultura seculares.

Recientemente hicimos resaltar, a propósito de la aparición de las Memorias del príncipe Lichnowsky, la existencia de múltiples y brillantes precedentes de la actual comunidad ideológica e indudable acercamiento confraternal entre España y Alemania, igual en el orden afectivo que en el intelectual, cuya sola enumeración, a partir de la que fué aquella fausta época imperial del gran César Carlos V, admiraría a los olvidadizos o renuentes, que van siendo, por fortuna, más contados cada día. Tema concreto éste de la predilección alemana por las cosas españolas, de la comprensión cordial que la gran nación rectora siente por nuestro espíritu ancestral, manifestada tan reiterada y entusiastamente como ahora ponen de manifiesto con lucidez y oportunidad beneméritos escritores, que resulta obvio señalar préstase, por lo sugerente, a disquisición amplia y reiterada.

El caso del eminente polígrafo alemán Ludwig Pfandl denota elocuentemente cómo en los últimos tiempos ha venido afianzándose y alcanzando positivo realce esa corriente que cabría denominar de elevación depuradora dentro del amplísimo caudal literario y crítico que sugirieron a plumas extranjeras la tierra y el alma españolas.

Bastaría su ingente labor anterior al período de trascendencia mundial, que se inicia en 1936, para proclamarle—con su coterráneo Vossler y el italiano Farinelli—figura cimera entre cuantos cerebros foráneos de excepción hanse dado en todos los tiempos al estudio de la culminación espiritual española. Genio que dijérase predestinado, por providencial designio, por rara intuición, a comprendernos y amarnos desapasionadamente, llevaba en dicha fecha treinta años consagrado al estudio de lo medular hispano, período durante el cual, sin haber pisado nuestro suelo, produjo desde su retiro muniquense nada menos que una sesentena de trabajos de la más alta calidad reconstructiva y enjuiciadora, cuya sola nómina asombra al revelarnos su diversidad conceptiva, y, a la vez, unidad de penetración. Algunos de ellos, como "Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del Siglo de Oro", "Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro"—dedicado a la memoria del coloso Menéndez y Pelayo, genial creador de la moderna "Historiografía literaria española"—y "Juana la Loca. Su vida, su tiempo, su culpa", revisten singular importancia en la moderna bibliografía de su clase, dadas la originalidad y extensión que ofrecen, lo cual hizo fueran publicados en ediciones castellanas que contribuyeron poderosamente tanto a esclarecer aspectos capitales del sustrato histórico nacional cuanto a revelar esa actitud singular del eminente escritor, que vino escudriñando sagazmente en el acervo de fuentes documentales de textos de nuestro pasado, en los que sabe como nadie embeber el dato y valorar el juicio, asimilando sentido y matiz de hechos, vidas o ideas luego expuestos maravillosamente en esa su reconstrucción sin par.

Su alquitarado estilo, producto de ingénito don y verdadera constancia; su original concepción crítica, que desarrolla siempre guiado por el firme propósito y deliberado empeño de "considerar el tema de que se trate con una extensión y profunda solidez hasta ahora no intentadas, agrupando y exponiendo la materia desde el punto de vista de la historia de la cultura", por cuanto "la historia literaria es una valoración crítica de los distintos géneros como elemento integrante de la historia del espíritu contemporáneo"; su visión humanista del panorama vital y estético de la raza, desde la formación idiomática hasta nuestros días; su técnica, en una palabra, no tienen, sencillamente, superación. Y es de señalar cómo tan complejo dominio de ese "modus faciendi" llévale a lograr siempre análogo fruto, idéntico resultado felicísimo, ora arquitecturando sus obras con el sólido cimiento del alma de la época, o bien prefijando aspecto concreto del proceso de la vida o la evolución de las ideas en que enmarcar sus elucubraciones, ora adoptando previamente una

figura relevante, cual cañamazo en que ir entretejiendo la trama de situaciones y acontecimientos definidores que llegan a plasmar simultáneamente la concreción de lo que fueron tanto la existencia insigne en sí como su pristino medio circundante.

Lo que se expone ya admirablemente, aunque constreñido a líneas generales, en esos dos monumentos de erudición y doctrina que son "Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII" e "Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro"—tan afines, tan similares en su trazado del panorama genuinamente intelectual y estético y del complejo proceso vital de la época, aunque polarizados en los planos que denotan sus respectivos títulos—, constituyendo una de las ideas madres encarnadoras de la esencia del máximo esplendor hispánico, o sea el cuadro de conjunto de la idea monárquica, la Contrarreforma y el llamado segundo Renacimiento, teniendo todo ello cual figura central a Felipe II, ofrécese, decimos, peraltado en la nueva producción de Pfandl, que recientemente ha visto la luz traducida a nuestra lengua: su magnífica biografía del gran monarca nombrado, suprema encarnación del auténtico espíritu nacional, idealista y realista de consuno, afortunadamente hoy redivivo. Espléndido tributo, en verdad, el que representa la existencia actual de tal obra, a cuya realización contribuyen, con su insigne creador, el catedrático Corts Grau, que la ha traducido pulcramente, y la casa editorial Cultura Española, de tan esforzada y ejemplar ejecutoria en la meritísima tarea de seguir dando a la estampa libros de sana orientación, análogos a los que hace años servían de poderosa contracorriente al disgregador antiespañolismo a la sazón imperante.

En "Felipe II", modestamente subtítulo "bosquejo de una vida y de una época", Pfandl sintetiza, siguiendo plan armónico sobremaneja objetivo, lo mucho que precedentemente escribió, libre de prejuicios, atraído por la personalidad del que cabe considerar *Rey por antonomasia*, dueño otrora de los más extensos territorios que rigió mortal alguno. Sabido es cómo el conspicuo investigador dió siempre a tan trascendental figura el debido relieve en todas sus prosas, aun aquellas genuinamente literarias atinentes a su época, de lo que se sigue, cual consecuencia natural, que al proponerse trazar ahora el retrato de cuerpo entero haya conseguido plasmarlo con tan rotunda maestría, cosa no lograda concluyentemente por otros notables autores que alentaron la nobilísima intención de exaltar así su memoria. Los aspectos psicológico, político y costumbrista manifiéstanse de consuno en la obra, sin interferirse, antes al contrario, complementándose sabiamente. Resultado de ello es el indudable interés que ofrece tan magistral estudio, en verdad luminoso y certero, de información y crítica atrayentes, dados su caudal documental y la simplificador intención de esclarecimiento sobre determinados momentos o aspectos que en sus páginas resplandece.

Lejos de proponerse rebatir en deliberada polémica cuantas falaces acusaciones creó la leyenda de la *España negra* contra el "soberano de Europa más atrocemente calumniado y más torpemente desconocido", Pfandl hace caso omiso de ellas, dando fe de rigurosa imparcialidad y la que es sin duda ejemplar conciencia reivindicadora, por cuanto estima más conveniente crear, dar relieve a su obra, que conjuga las dotes del crítico y el artista del verbo, persuadido de que su tesis ha de obtener por sí la concepción debida. Nos presenta, pues, a Felipe II en su polifacética personalidad: hijo sometido a influjos hereditarios de progenitores y maestros, hombre probo, rey austero, padre ejemplar, noble amigo, Mecenas protector de las artes, político intuitivo, genial gobernante dado al trabajo ejemplarizador y creyente sin segundo, aspectos todos a cual más cautivadores, en los que manifiéstanse paladinamente las dotes de aprehensión del autor. Y lo que es exactitud en el dibujo, rotundidad en la pincelada, y, por consecuencia, relieve de la figura, tiene su paralelo en la riqueza con que aparece descrito el ambiente circundante, donde alienta todo el dinamismo y polieromía de familia, consejeros y servidores, áulicas empresas, viajes y compleja vida coetánea, con aportación, en ocasiones, de elementos bastantes para que el lector embeba el *ethos* y el *pathos* de la misma. "Felipe II" representa, pues, no sólo el enjuiciamiento más completo y sereno que se ha hecho hasta aquí del glorioso monarca, verdadero "señor de sus sentimientos", sino obra de raro mérito dada la manera como aduna rigor inquisitivo y exegético, enunciado de principios y hasta teorías—tal la de las tres mentalidades del alma humana, fruto de otras tantas etapas históricas—, y, finalmente, relato de hechos famosos, apuntar, aun sucintamente, todo lo cual trocaría en desmesurada la extensión de este trabajo que compendia impresiones subsiguientes a la lectura de libro que para tantos constituirá cautivadora revelación.